

DE COSTA RICA

EL PUNTO SOBRE LA I. POLITICAS CULTURALES EN COSTA RICA 1948-1990 (Rafael Cuevas Molina, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1996, 280 pp.)

Rafael Cuevas Molina es guatemalteco de origen, filósofo de profesión, artista plástico de vocación y con una sólida formación como historiador. Todo esto se ve reflejado a las claras en esta interesante investigación, la primera que se hace en nuestro medio, en torno a las políticas culturales en un período que abarca el último medio siglo de nuestra historia (1940-1990). Su origen guatemalteco y su formación universitaria europea, unidos a su experiencia en la UNA y su inserción rápida en nuestro medio cultural, le permiten tener la suficiente distancia como para salir airoso en esta difícil tarea, sin sucumbir al peligro en que podía caer un nacional, de incurrir en flagrante delito de subjetividad con los consiguientes parcialismos. En cuanto a la solidez científica de la investigación, hemos de decir que se encuentra sustentada en una copiosa base de datos, tanto de fuentes primarias como de entrevistas a los principales protagonistas de las políticas culturales del período estudiado. La bibliografía es igualmente abundante en cuanto estudios interpretativos y obras generales.

Estamos, en consecuencia, ante un trabajo pionero y, por ello mismo, resulta indispensable para la comprensión

sintética de un período que ya hoy es historia. Nos permite tener una visión de conjunto de una época que está a punto de terminar, pero que, dada su cercanía, nos es indispensable conocer si queremos entender no sólo el momento en que vivimos actualmente, sino, sobre todo, avizorar perspectivas hacia la época que se avecina. Nunca el ser humano en su quehacer por la vida parte de cero, menos en el campo de la política, donde la historia y su legado deben ser asumidos críticamente, porque si no lo hacemos, corremos el riesgo -por no decir el castigo- de vernos obligados a repetirlos no ya «como tragedia sino como comedia», según la célebre y satírica expresión de Carlos Marx.

La comprensión de los hechos históricos solo es posible si tenemos lúcidamente presente, a guisa de contexto, el trasfondo político dentro del cual se dieron. La mayor parte de la época que estudia Cuevas pertenece a lo que genéricamente se ha llamado la «Guerra Fría», caracterizada por una polarización ideológico-militar que abarcó hasta el último rincón geográfico y social del planeta, al igual que la totalidad de las actividades humanas. Dado el prestigio e influencia social del quehacer cultural y de sus más connotados representantes, la cultura no podía quedar -como es obvio- fuera de esta polarización. Es a la luz de esta radicalización un tanto maniquea, que debemos entender tanto la definición de cultura como sinónimo de Bellas Artes, como los proyectos de difusión cultural o de búsqueda de otro concepto de cultura dentro de una línea llamada «antropológica».

En todos estos intentos siempre hubo, consciente o inconsciente, de forma explícita y beligerante, o de forma implícita y más sutil, el propósito político de autolegitimación por parte del Estado y del grupo socioeconómico que lo hegemonizaba. Esto explica, igualmente, la radicalización de amplios sectores dedicados al quehacer cultural de manera profesional. Todo este período se caracteriza por la confrontación dialéctica con estos grupos y la voluntad de cooptarlos, por parte de los sectores dominantes en el aparato del Estado. Por otro lado, la evidente debilidad de esos mismos sectores los hacía

sentir la necesidad de recurrir a la sombra del Estado, para así realizar sus actividades y tener la resonancia social que las mismas requieren en virtud de su propia naturaleza. De ahí, la ambigüedad que nuestro autor hace notar -sobre todo sus conclusiones- en la conducta de dichos sectores.

Con el fin de la Guerra Fría todo este panorama de fondo ha cambiado radical y vertiginosamente. Hoy, la importancia de la cultura es otra y mucho mayor. Más que expresar la conciencia de una clase social y sus luchas, la cultura tiene ahora una función mucho más radical, cual es la de defender la existencia misma de los pueblos periféricos. Al convertirse Occidente en la única cultura hegemónica del planeta, al unificarse la humanidad política y económicamente, pero dividirse en bloques supranacionales de mercado, solo quedan las tradiciones culturales regionales como única opción de identidad y de singularidad. Esto se refleja en las guerras posteriores a la Guerra Fría. Hoy los conflictos no son más ideológicos, sino étnicos y culturales. Hoy se mata y se muere en razón de la diversidad de la lengua, la religión o las tradiciones étnicas, como dramáticamente lo vemos en la guerra de las regiones que componían la antigua Yugoslavia, o entre las etnias de Africa Central.

Más que la originalidad de una política cultural de un grupo en el poder, la concepción llamada «antropológica» de la cultura, se convierte en una cuestión de vida o muerte para todos los pueblos, sumergidos como están en la sociedad de consumo y sus contradicciones. La diversidad cultural en la historia es el equivalente a la biodiversidad en la naturaleza. Defenderla es defender la esencia misma de lo humano. Esto hace que los ministerios de Cultura adquieran hoy una relevancia que hasta hace poco nadie soñaba siquiera. Es por eso que todo lo que hagamos desde el Ministerio de Cultura, adquiere, en estos momentos una dimensión y un significado de capital importancia. El valor del quehacer cultural no se mide por su capacidad de criticidad solamente, sino por la autenticidad de su creatividad. La cultura no es un dato que se tiene, sino una tarea que diariamente se debe emprender; tarea en la que está en juego nuestra condición de seres humanos.

Es por eso que todo lo reseñado en este ensayo nos parece tan cercano en el tiempo en su trasfondo. Hoy vivimos en otro mundo, a pesar de que la cronología nos parezca tan cercana y, de hecho, lo sea. Era, sin embargo, necesario que un libro como este se escribiera, para tomar lúcida conciencia de cuánto hemos cambiado y de cuán importante es, en este momento histórico, lo que hacemos de hecho, o estamos obligados a hacer. Por permitirnos reflexionar sobre todo esto mientras leemos este singular ensayo: ¡gracias, Rafael Cuevas!

Dr. Arnoldo Mora Rodríguez
Ministro de Cultura, Juventud y Deportes



TEATRO, PUBLICO Y ESTADO EN SAN JOSE 1880-1914. UNA APROXIMACION DESDE LA HISTORIA SOCIAL (Patricia Fumero, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1996, 245 pp.)

El lector, al comprar este libro, adquiere a la vez un boleto para ir al teatro, pero no el que se presenta en el San José del ocaso del siglo XX, sino el que se ofrecía a los espectadores capitalinos y de provincia cien años atrás. Patricia Fumero Vargas, con base en un conjunto de fuentes muy diversas (de los documentos oficiales a los avisos periodísticos), le disputa al olvido un trozo de la cultura tica de la época liberal: de pronto, en viejos edificios mal ventilados y no faltos de cucarachas y pulgas, las luces parpadean, una orquesta invisible empieza a tocar y el telón se levanta.

El esfuerzo para lograr subir este telón fue arduo y extenso, en especial por la dispersión y el carácter fragmentario de las fuentes; en efecto, a diferencia de otras temáticas para las cuales es fácil localizar la información, los datos sobre la actividad escénica están aquí y allá,